
ELIODORO DOMÍNGUEZ

¿QUÉ QUIERE EL SOCIALISMO?

PUBLICACIONES DEL PARTIDO SOCIALISTA

DEPARTAMENTO DE CULTURA

Santiago de Chile

1937

Prólogo

Este breve trabajo, que adquiere hoy una forma definitiva, es la síntesis de un folleto y de un manifiesto que publicara hace algunos años, completada con nuevas verdades y nuevas experiencias recogidas en el campo mismo de la acción revolucionaria.

Hoy, como ayer, no me mueve sino el deseo de favorecer la conquista, por los trabajadores, de una conciencia revolucionaria que los capacite cada día más para alcanzar esa otra gran conquista que debe ser la meta de sus vidas: la liberación integral de todos los oprimidos.

Al corregir y escribir de nuevo estas páginas sentí una honda emoción: la del viajero que marcha hacia un destino querido por él y se detiene un instante a contemplar las etapas ya cubiertas y las que quedan aún por recorrer. Ve que ha habido escollos y tropiezos, dolores y angustias; pero advierte sorprendido que lo más importante ha sido alcanzado: las jornadas cumplidas templaron el carácter, afirmaron la decisión inicial. No puede calcular aún, con exactitud cuánto queda por andar; no puede medir todavía la distancia que lo separa de su objetivo; pero sabe que persistirá hasta el fin porque, caminando, sus propios nutrimentos forjaron el arma más poderosa que puede esgrimir un combatiente: la voluntad de vencer.

Declararé, pues, cumplida la misión que me propuse al publicar estas líneas, si a más de contribuir a forjar algunas nuevas conciencias revolucionarias logro estimular en el alma de los luchadores el anhelo vivo de estar siempre de pie, trabajando día a día, hora a hora, minuto a minuto, por el triunfo definitivo.

De los que piensan con claridad y obran sin vacilación es el éxito.

Hay que saber amar el triunfo del socialismo.

E. D.

ERRORES Y CRUELDADES DEL CAPITALISMO

El capitalismo cuyas crisis mundiales y parciales frecuentes, periódicas, han tenido la rara virtud de poner en claro su defectuosa y enfermiza estructura, ensayará todavía el empleo de nuevos desesperados recursos para ocultar a las masas su avance creciente hacia el ocaso definitivo. Cuenta todavía para ello con la influencia que sus reservas de todo orden le permiten ejercer sobre vastos sectores sociales hasta los que no llegan aún — con toda su crueldad — las consecuencias de esas crisis. Todavía podrá engañar una vez más al mundo, recurriendo a una nueva guerra de exterminio, de proyecciones nunca igualadas, para desviar la inocente atención del proletariado sin educación política hacia enemigos imaginarios. Así acostumbra resolver el capitalismo las desocupaciones obreras, el hambre de millones y millones de seres arrojados periódicamente a la desesperación por las crisis industriales y agrícolas del sistema que representa. Todavía, empleando la mentira de sus agentes oficiales, podrá mostrar a las masas, como causa de tales fenómenos, el odio del país vecino al cual es necesario atacar y exterminar. Así ha ocultado aparentemente sus propios errores. Decimos aparentemente porque la última guerra europea, la guerra del Chaco la conquista armada de Etiopía y la actual guerra civil de España, no han hecho sino abrir, mostrar al desnudo las llagas de su precipitada descomposición.

Dentro del régimen capitalista en el cual una minoría opresora, que ha llegado a ser socialmente inútil y pernicioso se ha apropiado la tierra, las maquinas, las herramientas y los útiles de trabajo, el obrero y el empleado son esclavos económicos condenados a vender no solo su fuerza de trabajo, sino también a atar al yugo de una explotación creciente e ignominiosa a toda su descendencia.

Inútilmente han esperado los productores que la migaja de las leyes sociales que jamás podrán cumplirle, ya que siempre serán burladas directa o indirectamente por los patrones y capitalistas, pusiera fin a sus males.

Uno tras otro, los gobernantes burgueses han explotado la paciencia de los trabajadores, que forman la auténtica opinión pública, porque son los que hacen el destino de los pueblos y escriben con su sacrificio la historia de la humanidad. El afán desmedido de beneficio agregado al acaparamiento sistematizado de los medios de producción; ha convertido a toda la humanidad en una enferma atada a los pies del organismo leproso del capitalismo internacional.

Los socialistas no inventamos la realidad actual que la sufren y la sienten la mayoría de los hombres. Ahí están los frutos de la democracia burguesa, de la democracia capitalista: decadencia económica por enajenamiento o acaparamiento de las fuentes de producción; decadencia política cristalizaba en la existencia de innumerables partidos y en el actual Parlamento, generado, en su mayoría, por el ejercicio no negado de una práctica penada por las leyes: "el cohecho": decadencia educacional, por el mantenimiento de un régimen escolar que no hace hombres para el trabajo, sino para el examen; y decadencia moral, manifestada en la debilidad de los gobernantes para castigar a los ladrones y a los delincuentes internacionales que exportan nuestro oro y burlan los impuestos, desconociendo las leyes del país. Estos hechos ocurren, por igual, en Chile, y en todo el mundo.

Los partidos políticos históricos y la prensa burguesa, con una desorientación, una ignorancia o una maldad que causan asombro suelen hacer dura crítica a los métodos de propaganda y de lucha empleados por los socialistas, pero ni los unos, ni la otra, han podido explicarnos hasta aquí, qué otras causas que no sean las encontradas por el socialismo originan los actuales catastróficos fenómenos sociales, ni la solución duradera que podrían darles dentro de sus viejas concepciones ideológicas. A lo más para desorientar la

conciencia de las masas, usan parte de nuestras doctrinas las tergiversan y ofrecen soluciones aparentes que no remedian definitivamente ninguno de esos males.

Los partidos políticos tradicionales viven en contradicción permanente, pues, mientras se declaran enemigos de la intervención del Estado en el desarrollo de los procesos económicos, solicitan constantemente la ayuda y el crédito de éste para salvarse de sus constantes fracasos. En verdad se han quedado sin doctrina. Basados en los principios del liberalismo y en los derechos del hombre, no saben que decir en un tiempo en que hay que intervenir frecuentemente para evitar los descalabros de la libre producción y de la libre competencia y en que la igualdad y la libertad solo existen en la boca de los demagogos de la burguesía. Han cumplido, en general, su etapa histórica.

Intentar la solución de los conflictos sociales y políticos derivados de una organización económica caótica y contraria al mantenimiento de las leyes de crecimiento natural de los individuos — desde que se les excluye del libre uso de su medio natural y propio — la tierra, y de lo que en ella hay puesto a su disposición, es el mayor utopismo de que sea posible hablar en este momento. Intentar la solución de los conflictos sociales de la hora presente con procedimientos que quedan fuera de las posibilidades mismas y de la estructura del actual régimen económico- como es, por ejemplo, el de aumentar los sueldos y salarios, sin detener el alza de los precios, es cosa no sólo propia de desorientados sino que de individuos cegados por el egoísmo y la avaricia y empeñados en precipitar, con maquinaciones oscuras, a la misma sociedad a la que dicen querer salvar del desorden, a una lucha de violencias sucesivas y previstas.

Se intenta encubrir la verdadera gravedad de los males actuales descargando la responsabilidad de los hechos sobre quienes, poseedores de un cuerpo de doctrinas científicas, han tenido la valentía ir señalar a su debido tiempo, en forma que no ha sido valederamente refutada desde la fundación de esas doctrinas hasta nuestros días, el origen de las tragedias que el capitalismo crea y su único posible remedio: la implantación de la República Socialista.

Querer explicar estos fenómenos como resultado de crisis morales, de propagandas sediciosas, equivale a plantear de nuevo el viejo problema del origen de las ideas. Las ideas sociales, por lo menos, no caen del cielo sobre la cabeza de los hombres. Son, por el contrario, y de algún modo, el fruto de la observación de hechos, del estudio de fenómenos que rodean la vida del hombre, como ser social. Sin los errores del capitalismo, errores de desastrosas consecuencias para las masas proletarias, no es posible el hecho de la protesta individual, primero, de la rebeldía organizada de los trabajadores, después, y finalmente, de la sublevación revolucionaria. Sin las crueldades del capitalismo quizá no hubiera sido posible el hecho de que un sabio como Marx, se diera a la tarea de estudiar el origen y el desarrollo del capitalismo, llegando a formular su tan conocida concepción materialista de la historia. "En la vida social — dice — los hombres, independientemente de su voluntad, entran en determinadas relaciones; productivas. Estas relaciones corresponden siempre a la fase de desarrollo de las fuerzas productivas materiales. La suma de estas relaciones productivas, forma la estructura económica de la sociedad. Esta es la verdadera base sobre la cual se edifica la superestructura jurídica y política, y a ella corresponden las formas dadas de conciencia social. Los métodos de producción determinan el proceso de vida social, política y espiritual".

Todo esto no significa, sin embargo, que los socialistas excluyan de sus consideraciones la vida espiritual. Desde luego, lo espiritual lo señalan como etapa superior del proceso de vida social. Creen en la potencia de las ideas — como fuerzas impulsadoras — y las aprovechan eficazmente en su propaganda. "De hombres y de ideas es nuestra fuerza, escribió Mariátegui. Pero la circunstancia de que reconozcan

científicamente que la más pura y alta espiritualidad no es posible, sin la humilde función de producir para satisfacer las necesidades fisiológicas, de que el pensamiento más sutil no puede concebirse sin el anónimo, pero indispensable proceso de secreción de las glándulas, por ejemplo, no hace a los socialistas menos espirituales que a los espiritualistas, si no más lógicos. El hombre crece primero, después piensa y se reproduce.

El pensar y el amar, las dos más altas expresiones de vida espiritual, en su duración, están, en la sociedad capitalista, condicionadas por lo económico.

Según el marxismo, para explicarnos, pues, los fenómenos sociales y políticos que forman la superestructura, debemos investigar siempre lo que constituye su base u origen, es decir, el desarrollo de los procesos de producción.

El desarrollo de estos procesos corre parejas con los progresos hechos por el hombre en el dominio de la naturaleza. En la sociedad primitiva el hombre no es esclavo de otros hombres sino de la naturaleza. En la sociedad actual privado de los medios de producción, que están concentrados en unas pocas manos, el hombre es esclavo del hombre

Existe una democracia, pero es la democracia en beneficio de una minoría. El socialismo quiere convertirla en la democracia de la mayoría, primero y después, en la democracia de una sola clase social: la democracia de los productores.

De los trabajadores, democracia para todos única y verdadera democracia. Y esto lo propicia no sólo por medio de la libertad política, sino que haciendo previamente posible la independencia económica de todos, para hacer así efectiva como consecuencia, la libertad política y espiritual. Ofrecer libertad política o libertad de expresión y de pensamiento a hombres que son económicamente esclavos de otros, es una de las más crueles ironías de la sociedad actual.

IMPERIALISMO ECONÓMICO Y DESOCUPACIÓN OBRERA

El acaparamiento por una clase social, la clase capitalista, de todos los medios de producción, hace al obrero, al empleado y al campesino, dependientes del capitalismo y sujeta la vida social a los males de un sistema desorganizado de producción, que trae consigo las crisis frecuentes de la superproducción, de la desocupación obrera, de la baja de los salarios, de la paralización o debilitamiento de toda la vida social con su corolario inevitable: la guerra. La máquina, propiedad del capitalista, no produce controlada por las necesidades del consumo, sino por el afán del capitalista de fabricar el máximo número de artículos en el menor tiempo, y con el menor costo posible, a fin de ganar el mercado. Pero en el mismo instante, hacen igual cosa todos los capitalistas del mundo, estimulados por una demanda cuya duración les es imposible calcular, por cuanto se interpone entre ellos y el mercado consumidor, una gran cantidad de intermediarios. Cada capitalista se siente un productor independiente. Pero la verdad es que los capitalistas individuales se encuentran siempre en el mercado como competidores, como adversarios. El fenómeno se repite entre los grandes trust, entre los sindicatos económicos, y entre un imperio económico y otro imperio económico. Producir por producir parece ser la consigna. Desalojarse el uno al otro en la competencia, en la conquista del mercado. La superproducción sobreviene inevitablemente.

Y con ella la guerra entre los imperialismos económicos o la paralización de las industrias. Los ejércitos de obreros desocupados se elevan rápidamente a centenares de miles, y aún a millones. Los débiles quedan destruidos. La cesantía obrera y la elevación de los impuestos y contribuciones por parte de los gobiernos,

para salvarse de la miseria, agravan más las crisis porque restringen las posibilidades del consumo, es decir, limitan el número de compradores, de consumidores. Donde estos NO existen, no hay vida industrial, ni comercial. Y la vida intelectual también se resiente, ya que ésta requiere de cierto ocio por parte del pensador, ocio que no pueden asegurar a muchos los pueblos empobrecidos.

Un hecho que vale la pena destacar, es el de que las crisis han sido periódicas en el régimen capitalista: 1825, 1836, 1847, 1857, 1873. 1899, 1905, 1918 y 1929. Esta última tuvo un carácter nuevo e interesante. Se produjo a pesar de la racionalización y su magnitud se explica mejor por la rapidez de las modernas comunicaciones y medios de transporte que estimulan la demanda, y por el avance en las investigaciones técnicas y en los descubrimientos científicos que significó la guerra europea, descubrimientos que han sido todos aprovechados por el capitalismo para mejorar su poderoso mecanismo productor. Por lo demás los trust, pueden resolver la competencia entre los capitalistas de una misma industria, pero en el mercado mundial, que es el verdadero mercado capitalista en la era del imperialismo, la competencia subsiste y con ella todos los males que ya hemos señalado.

Sobre el particular, Bogdanoff ha escrito lo siguiente en su obra intitulada "Economía Política":

"La idea de suprimir las crisis en la sociedad capitalista es una utopía. Las crisis son un resultado de las características fundamentales del sistema capitalista y solo pueden desaparecer con ellas. Únicamente la producción organizada y basada, no en el beneficio sino que en la mayor satisfacción posible de las necesidades de la sociedad entera, sólo una sociedad que no conozca una insuficiencia de la capacidad adquisitiva de las masas, y, por consiguiente, en la que no haya clases, puede suprimir las crisis.

En los periodos álgidos de cada una de las crisis de esta sociedad llamada de orden, y que no es sino la sociedad del caos, de la miseria frecuente y del desorden, crujen los cimientos de ella y los usufructuarios del privilegio y del poder tiemblan ante la amenaza de los trabajadores cada día mejor organizados. Pero como aún quedan en la conciencia de las masas dispersas de ciudadanos, en la conciencia de los no organizados, resabios de ese falso patriotismo que consistía en ir a morir a un campo de batalla no por el bien de todos, sirio para que vivieran mejor, sin haber peleado, los verdugos y los tiranos del pueblo, se apela aún a esos resortes y se busca criminalmente una salida a la situación desencadenando un conflicto armado con otra potencia capitalista o una guerra de conquista. De 1914 a 1918 millones y millones de hombres fueron sacrificados en una guerra infernal para asegurar la paz del mundo, paz que nadie conoce. Otras y otras guerras vendrán todavía; pero hay una guerra que no cesa jamás dentro del régimen capitalista. Es una guerra lenta, mucho más cruel, más inhumana y más implacable, porque se hace a sangre fría, sin preocupaciones morales de ninguna especie y contra los propios compatriotas: es la desocupación permanente con su cortejo de diarias angustias y de muertes anónimas.

Hay, pues, un gran enemigo que vencer: el imperialismo capitalista.

Frente a este enemigo común que ha penetrado ya en todos los países del mundo, es una traición y una cobardía permanecer indiferentes. ¿Es que hay honradamente alguien que pueda serlo? ¿No amenaza el hambre a todos los hogares, no amenaza una nueva guerra a los hombres de todas las latitudes?

Y nuestros países, víctimas y esclavos ya del imperialismo económico, factorías del capitalismo financiero internacional, condenados a años y años de trabajo y de miseria forzados para pagar deudas que los productores no autorizaron, ¿se han de salvar con las declaraciones demagógicas de nuestros gobernantes? Ellos saben que el enemigo tiene servidores incondicionales entre los hombres de su clase,

que el soborno imperialista, disimulado, disfrazado de honorarios profesionales, ha cebado raíces en sus propias filas. ¿Hasta cuándo lo amparan y ocultan?

INDIVIDUALIDADES Y MASAS

La actual organización social, basada en la competencia, ha hecho nacer en la conciencia de la mayoría de los hombres, la falsa idea de que el triunfo pertenece siempre a los más aptos, y ya desde la escuela ha empezado a deformar la personalidad de los individuos, estableciendo calificaciones arbitrarias para destacar a los que se supone mejores.

Naturalmente, como se trata de una competencia para ganar los primeros lugares, aquellos que disponen de mejor salud, de mayores recursos y pertenecen a familias de posición social, llevan, en general, sobre los más humildes, la ventaja de poder continuar sus estudios.

Y no es eso todo. Los mejores, para seguir siéndolo, deben guardarse para sí lo que saben. Negando ayuda a sus compañeros menos afortunados conservarán siempre la supremacía. Y como en casi todos los colegios del mundo lo que más se cultiva es aquella parte de la inteligencia llamada memoria, que de ningún modo es la más importante, se conceden las más altas calificaciones a los que retienen mejor para el examen, aunque ello les cuente arrasar con virtudes humanas tan estimables como la nobleza y con condiciones tan útiles como la de la cooperación.

Estos seres ya malogrados psíquicamente, estos seres espiritualmente deformados continuarán más tarde su pernicioso juego de la competencia en la vida social, desplazando, a cualquier precio, al conciudadano que se le cruce en el camino del éxito perseguido.

De esta herencia que tuvo su cuna en el hogar y en la escuela y que más tarde encontró su campo de ejercitación total en la sociedad, procede el hecho de que los que se creen mejor dotados exijan para ellos, honores, privilegios y riquezas, que no se sienten obligados a compartir con nadie porque son el premio a su discutible superioridad. De este modo en la sociedad actual hay un visible divorcio entre las llamadas individualidades y las masas, desinteligencia y falta de cooperación que retardan el desarrollo de la vida social en todas sus manifestaciones.

Una colectividad bien organizada — como la que propicia el socialismo — debe ofrecer el espectáculo de una armonía entre las individualidades legítimas que puedan surgir y las masas. De una convivencia inteligente entre los más aptos y los menos aptos.

La historia la hacen los hombres, todos los hombres, condicionados por un medio dinámico, de variaciones constantes, dentro de una estructura económica determinada y de los perfiles psicológicos centrales de una época.

La vida social es así la resultante de una interacción entre el proceso económico y la dinámica psicológica vale decir entre el estado de desarrollo de los procesos de producción y las corrientes ideológicas.

Al hablar de individualidades nos referimos a aquellos hombres que hacen conscientes los procesos aparentemente contradictorios y oscuros de la historia. De individualidades puestas al servicio social, capaces de captar y de sentir el acento que caracteriza una época, de objetivar ese acento junto a las masas.

No creemos en los héroes de la historia, con ese carácter de únicos impulsores de un hecho social con que a menudo se les presenta; no creemos en los hombres capaces de caracterizar individualmente los fenómenos históricos, sociales o ideológicos. Todos los hombres están condicionados por un medio en que cobran vida ciertas ideas, pero en que prevalecen los fenómenos económicos. Las élites que no identifican sus vidas y sus ideales con los problemas vivientes de la sociedad en que actúan, son estériles e inútiles. Los intelectuales que no aceptan la posibilidad de educación política, de capacitación técnica y de creación espiritual de las masas y las repudian, concluyen por ponerse con toda su inteligencia, consciente o inconscientemente, al servicio de las castas dominantes.

El pensamiento capaz de hacer historia, de traducirse en hechos sociales, objetivos, diversos, y sólo de apariencia contradictorios, es el que procede de la observación y análisis de los hechos mismos. El pensamiento tiene significación social, es fuerza viva, cuando es la conciencia de los fenómenos de mi periodo histórico. El pensamiento es para nosotros un atributo del hombre, una cualidad del hombre, tal como él aparece en la vida social, es decir, rodeado por circunstancias dinámicas, por un medio viviente, activo y actuante, y condicionado por el estado de desarrollo de las fuerzas productivas materiales. Estos procesos de convivencia social se transforman y con ello cambia y se renueva la fisonomía total de la sociedad: sus necesidades materiales, sus problemas ideológicos, sus hábitos políticos, su moral y hasta su arte. El proceso económico determina, en lo fundamental, la vida social, política y espiritual. Pero es indudable que las ideas, una vez producidas, adquieren vida propia y constituyen una fuerza psíquica también determinante. Por eso hemos hablado de interacción entre el proceso económico y la dinámica psicológica. Toda la vida social, y con ella vida política, se convierte así en un organismo viviente, en constante transformación como los individuos que la sostienen y la vivifican.

DOCTRINARISMO Y DOGMATISMO

En la vida social, en la vida política, como en la naturaleza, nada es definitivo. La naturaleza, como la vida, ensaya constantemente nuevas formas, pero la vida misma permanece. En toda doctrina hay, por lo tanto, algo que permanece y algo que se modifica al cambiar las formas x los procesos que la determinan. De ahí que se pueda ser un doctrinario, pero nunca un dogmático. El socialismo- nacido bajo la sombra protectora de la ciencia—no quiere destruir un fetiche para alzar otro, no aspira a derrocar un templo para levantar otro templo. Atenlo a la vida y atento a la experiencia de la vida que es la historia, el socialismo se guiará por los principios científicos que le sirven de fundamento, completándolos cada vez que las conquistas de la ciencia y las transformaciones económico- sociales, así lo aconsejen. Hay que dar a la palabra socialismo su alcance primero, su intensidad y su extensión originales. Hay que restaurar el socialismo que ha hecho consciente el proceso al parecer inconsciente de la historia, sustrayéndolo a todas las adulteraciones de los demagogos y a todas las mixtificaciones de algunos prematuros administradores de la revolución. Hay que aspirar al empleo del método marxista de interpretación de los procesos económicos, llevándolo hasta sus últimas consecuencias prácticas dentro de la dinámica, de la actual sociedad capitalista.

El socialismo debe ser realista sin caer en el reformismo. Hay que combatir por igual el infantilismo ultraizquierdista y el oportunismo pequeño burgués. Sabemos que todas las sociedades occidentales, entre ellas nuestros países, viven los mismos fenómenos capitalistas y sufren simultáneamente las crisis; por eso aceptamos el remedio común: el socialismo. El desarrollo desigual de los procesos de producción capitalista en nuestros países, la diferencia de intensidad con que ellos se manifiestan, pueden justificar tácticas diferentes, métodos de acción distintos. Dentro de una unidad estratégica, pero no una interpretación de los fenómenos extraña al fenómeno general capitalista. Pero como no es posible admitir

una confusión entre las tácticas y la estrategia general, ningún socialista que merezca el nombre de tal puede tampoco admitir que los medios de acción y las formas de lucha se le indiquen desde ambientes cuyas características accidentales y cuyas modalidades psicológicas sean diferentes de aquellas que caracterizan el medio en que él actúa. Para planear su acción ningún esfuerzo que se realice por la liberación de las masas proletarias—donde quiera que sea—le debe ser, sin embargo, indiferente. Debe procurar en todo momento sin faltar a la esencia teórica y a la finalidades prácticas del socialismo, confrontar los procesos y las circunstancias especialísimas que rodeen el fenómeno de la revolución en otros países, con las características que la lucha de clases y las posibilidades de conquista del poder presenten en el suyo.

En nuestro país, por ejemplo, lo más urgente es educar a los conductores y a las masas en el propósito de una unidad orgánica hecha bajo una sola bandera, sujeta a una sola directiva, inspirada por un solo comando, sin sujeción a instrucciones extrañas o a consignas de procedencia extranjera. Mientras no se estructure una sola Internacional, como resultado de una democrática intervención de todos los socialistas del mundo, una perfecta lealtad hacia la revolución nuestra, exige de los dirigentes y militantes de las pequeñas fracciones revolucionarias, la aceptación inmediata de la dirección, dentro del país, de aquel grupo o partido que haya demostrado en los hechos una mayor capacidad. El actual fraccionamiento de las fuerzas es un exponente de la incapacidad de los revolucionarios para encontrar una síntesis auténtica y es también el resultado de la exagerada práctica del personalismo jactancioso y dogmático que caracteriza a determinados caudillos. La práctica de la calumnia y el afán discutidor son también un vicio extendido en el campo de la acción revolucionaria que habla de una psicología, de un modo de ser especial, en nuestro pueblo. Hay pueblos adoratrices, propensos al acatamiento. Otros dispuestos a la disciplina. Y hay pueblos díscolos discutidores, arreligiosos, El nuestro tiene mucho de esto último. De ello se deduce, como consecuencia, la necesidad previa de una educación política sistematizada y de ella se deduce también que las tácticas y procedimientos que en cada país se deben emplear, no sólo deben ser un resultado del análisis objetivo y práctico de las circunstancias que rodean la acción, sino también un remedio eficaz contra los defectos psíquicos y los malos hábitos que imposibilitan la formación de una poderosa y disciplinada fuerza político-revolucionaria.

ACCIÓN REVOLUCIONARIA Y DECLAMACION DEMAGOGICA

Quienes se hayan movido un poco entre las filas revolucionarias de nuestro país, y de otros países del continente, habrán podido hacer en todas partes la misma observación: exceso de entusiasmo y nada más. Aprendizaje de fraseología revolucionaria, y después agitación esporádica, declamación demagógica. Y a veces, como corolario, como complemento, petulancia, preciosismo ideológico, infantilismo izquierdista. Con todo esto se cubre una desnudez: la falta de preparación sistematizada, la falta de síntesis, de desconocimiento a veces excesivo de las realidades circundantes, el ningún dominio de los problemas técnicos que la acción realizadora debe enfrentar y resolver algún día. La persistencia es privilegio de unos pocos. El sentido de la responsabilidad es aún planta exótica en nuestro continente, salvo muy contadas excepciones. El estudio, la profundización, es también algo que practican sólo unos cuantos. Contamos nada más que con agitadores. Nos falta formar todavía verdaderos propagandistas, auténticos dirigentes revolucionarios y técnicos propios y capaces. No es que no haya algunos, sino que el número de ellos no corresponde a las exigencias de una acción revolucionaria organizada y valiosa. Sectores políticos revolucionarios, nos ha tocado frecuentar, que no tienen entre sus dirigentes en solo individuo documentado seriamente acerca de los problemas que es necesario resolver, de acuerdo con los postulados del socialismo.

Y para no hablar sino de nuestro país, no conocemos otra agrupación, fuera del gremio de maestros, que haya intentado seriamente cumplir el doble cometido de adoctrinarse y de perfeccionarse técnicamente.

Creemos que se quiere mal la causa cuando se reduce todo a mostrar, a veces sin una crítica constructiva, las maravillas que los socialistas realizan en otras partes.

Decimos esto para prevenir a los socialistas de nuestro país contra los infantilismos que han llevado repetidas veces a nuestros pseudo-propagandistas y pseudo-revolucionarios a convertir a sus respectivos compañeros en conejos de experimentación de sus descabelladas aventuras revolucionarias. En América Latina ha faltado hasta hoy la verdadera labor constructiva. Por añadidura las verdaderas conquistas. Hay que unir alguna vez la razón al sentimiento, la razón al entusiasmo. Y empezar por desentrañar, por descubrir nuestro verdadero carácter, nuestro exacto conocimiento. Un solo esfuerzo realizado para cumplir esta última tarea, ha logrado algunos frutos maduros: "Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana" de José Carlos Mariátegui. Sin realizar esta labor no alcanzaremos nunca un sentido de la proporción entre esos ejemplos vivos que son Rusia, México y España y esta realidad americana tan igual y a la vez tan diferente. Rusia, he aquí unas cuantas frases de Barbusse: "Todo es grande en estas latitudes: las cosas, las obras, las vías de comunicación, los cortejos, los sueños. Con estas dos palabras: longitud, anchura, llega a describirse vagamente a este país". Nosotros agregaríamos: ¡Rusia, Babel de nacionalidades; porque pasan de un medio centenar las razas que allí se entrecruzan y se mezclan!

Pero algo es común a esa masa y a todas las masas del mundo. No se mueven tanto por amor al ideal como por el justificado y humano anhelo de vivir mejor, de alcanzar ventajas prácticas.

El mismo Barbusse, en su libro "Rusia", ha escrito lo siguiente: "Lenin ha dicho con razón que lo que impulsaba al campesino hacia el socialismo no era la fe, ni el amor a la justicia, sino simplemente el provecho, pues comprendía la superioridad práctica del trabajo de conjunto. Esta noción ha substituido en muchas cabezas campesinas, a la alegría infantil de poseer cada cual un pedazo de tierra, lo cual bajo el servilismo zarista, constituía el ideal supremo del pobre mujik".

Ningún revolucionario debe olvidar estas enseñanzas cuando alcance el poder. Nada ha identificado tanto al pueblo de Chile con el líder Marmaduke Grove como el hecho práctico de que durante el Gobierno del 4 de Junio se ordenara la devolución de las prendas que el pueblo tenía empeñadas en las casas de crédito y en las agencias. El pueblo vive de esperanzas y de realizaciones. Y sabe amar al que le ofrece ventajas prácticas.

La fuerza para el prolongado sufrimiento no existe sino por excepción en algunos pueblos y en algunos hombres. La prueba de ello la encontramos en los medios artificiales que todos los hombres emplean para alejar el sufrimiento: el alcohol, el juego, la coca, etc.

No sólo es necesario saber declamar algunos lugares comunes de la fraseología revolucionaria. Hay que comprender alguna vez un poco mejor nuestro medio. Las lecciones recibidas sobran. Los fracasos también. Hagámonos el propósito de prepararnos para honrar el socialismo. Hagámonos dignos de alcanzar el poder para realizar nuestros principios.

El socialismo establecerá en el mundo la verdadera solidaridad de los trabajadores, de los productores, mediante la práctica constante de la organización para que la organización sea a su vez la que afiance la práctica definitiva de la solidaridad humana. En la solidaridad, sin el sacrificio ni la anulación de la individualidad, el hombre alcanzará el rendimiento máximo de su capacidad social, ejercitando por

primera vez el verdadero sentido de la responsabilidad, medida en el hecho y en el éxito de las obras comunes.

LO QUE QUIERE EL SOCIALISMO

Conocidas las dolorosas verdades que llevamos expuestas acerca de la desordenada sociedad actual, verdades deducidas de la experiencia histórica del sistema capitalista, el socialismo propicia el cambio de frente económico de la actual sociedad, del orden económico basado en la propiedad privada, en la acumulación de las riquezas, en la explotación sistematizada de los esclavos económicos, por un orden económico basado en la propiedad socializada, en la cooperación, en el respeto del individuo y de sus posibilidades hasta conseguir este ideal social: "Que cada cual produzca según sus fuerzas, a cada cual según sus necesidades". Es decir, el socialismo aspira, por etapas de sucesivo desarrollo, mediante la conquista previa del poder político y gracias a una enérgica acción de lucha de las clases productoras, a organizar un Estado sin explotadores y sin burocracia parasitaria. Un Estado con una Asamblea democrática, representativa, legislativa y ejecutiva a la vez, para realizar en el mundo la democracia verdadera, la democracia de una sola clase social.

El socialismo quiere una sociedad sin los males que el régimen capitalista desencadena periódicamente sobre la humanidad. Quiere destruir no sólo los males sino la fuente de todos esos males. Quiere transformar esta sociedad hecha para el bien de los menos en una sociedad constituida, primero, para el bien de los más, y, finalmente, para la felicidad de una clase social única, en que todos los hombres, libres de la esclavitud económica, vivan hermanados en la justicia y protegidos en la igualdad.

Y frente al problema del trabajo, de la industria, de la producción, que en la sociedad capitalista están entregados al libre juego del "dejar hacer, dejar pasar" y sumidos en los caos de la más desenfrenada competencia, el socialismo proclama que su primer deber es organizar científicamente la producción, para aumentar su rendimiento y asegurar así la satisfacción de todas las necesidades. Racionalización, no en el sentido de la economía liberal, de esencia individualista. No la racionalización para aumentar el beneficio del capitalista sino la racionalización integral, basada en nuestros principios, que va desde la extracción de la materia prima hasta los medios de transporte y de distribución, con la correspondiente simplificación de procedimientos y eliminación de intermediarios para aumentar así el rendimiento social, la capacidad adquisitiva por las masas de todos los productos fabricados.

El socialismo sabe que un pueblo hambreado no puede ser digno. Que los esclavos económicos no pueden ser hombres políticamente libres. Por eso los socialistas están cansados de la canción agorera de la democracia burguesa. Ellos creen en otra democracia: en la democracia con una sola clase social, la clase de los trabajadores. Los socialistas no quieren el poder dentro de este orden económico. Dentro de la sociedad burguesa el poder político es un órgano y un medio de corrupción y de fracaso. Los socialistas construirán una sola fuerza al lado de los oprimidos y levantarán una sola bandera: el establecimiento de la República Socialista. En que, desaparecido el problema de la violenta desigualdad económica en que viven los trabajadores respecto de sus patrones, desigualdad que se traduce en opresión política y en limitación cultural, en ella y sólo en ella podrá convertirse el trabajo en alegría y la justicia un lema común. Los socialistas aceptan la lucha electoral -dentro de la sociedad burguesa como un medio de disciplinar y organizar sus fuerzas, pero es la transformación radical del régimen de producción económica la mira que verdaderamente les interesa. Porque esta es la única base sobre la cual puede alzarse una organización social igualitaria y una sociedad de hombres libres y cultos.